

Schöffling & Co.

foreign rights

author Silke Scheuermann
title Shanghai Performance
original title Shanghai Performance
© 2011 by Schöffling & Co.

Spanish sample translation

translated by Ilana Marx
copyright for the translation Ilana Marx

contact Schöffling & Co.
Verlagsbuchhandlung GmbH
Foreign Rights
Kaiserstraße 79
60329 Frankfurt am Main
Germany

www.schoeffling.de

Primer Capítulo

(páginas 7 - 19)

Cuando era más joven y ciertas cosas las daba por sobreentendidas, el dueño de la galería de arte para la que trabajaba en aquel entonces me dijo algo que recordaría muchas veces en el futuro: “Nunca subestime el hecho de que es una mujer atractiva. No hermosa precisamente, no, no como para que alguien sintiera miedo y temiera abordarla. Pero, eso sí, una mujer por encima del promedio. Eso es un capital.”

Le presenté mi renuncia antes de que pasaran tres semanas. Con diecinueve años, yo era vanidosa, ambiciosa también, y me ofendía que no fuera mi trabajo lo que él apreciara, sino algo ajeno a mi voluntad; de la misma manera podría haberme hecho responsable por la existencia de Damien Hirst, Joseph Beuys o el modernismo clásico. Me pareció tonto y superficial, y me fui, en lugar de estarle agradecida por tener la posibilidad de trabajar con él aún sin tener título y, así poder aprender en la práctica el negocio del arte. Una es tan desmedida cuando es joven... Los piropos te parecen un atrevimiento, y más tarde cuando te pone feliz recibirlos es porque te diste cuenta de que nadie te dice ya ninguno. Quizá reaccioné con tanta vehemencia porque presentí la oscuridad que se me venía encima, la tristeza. Era como si el pasado se hubiera desintegrado en varias piezas que no encajaban, y yo me encontrara aquí y allá con objetos de otros tiempos que asustan a plena luz del día: una foto vieja dentro del libro que nadie ha abierto desde hace mucho, un broche para el pelo que de un día al otro parece ridículamente infantil frente al espejo, una carta que cayó tras del armario hace años, un recuerdo distorsionado durante el sueño, cosas, que recuerdan otras, y otras, diferentes cadenas causales ... Reconozco que todo eso pudo haber sido producto de mi imaginación, a posteriori, para no tener que aceptar lo superficial que era, y cómo me ofendía por poca cosa.

Era un centro de exposiciones muy refinado el que abandoné, pero había otros. Olvidé esa galería, igual que olvidé tantos otros trabajos que tuve mientras estudiaba. Como me aburría rápido, cambiaba de seguido.

Acababa de presentar mi tesis doctoral sobre la artista performática Margot Winkraft, a quién admiraba, cuando me enteré de que buscaba una asistente. Yo estaba completamente segura que podría ser mucho más hábil que todos los demás. En lugar

de hacer fila junto a cientos de candidatas internacionales, conseguí que una revista de arte me enviara a entrevistarla y me preparé muy bien para el reportaje. Funcionó. Hay que hacerle creer a las personas, que son ellas las que tienen las ideas. De eso se trata. Tomé nota para el futuro.

Después comprendí que por supuesto Margot había relacionado mi repentina aparición como reportera con el puesto vacante, y que además, no había sido la única que había obtenido una entrevista usando alguna artimaña. Era bien típico de Margot que mencionara la historia años después y de pura casualidad ante un grupo de gente, y que yo me riera con los demás, abochornada.

Ni bien conocí a Margot supe de inmediato que ella representaba todo lo que yo deseaba. Ella *creía* de la manera en que yo quería creer, sólo que yo no tenía nada propio que pudiera desarrollar para vivir tras eso. El proyecto de Margot se convirtió en mi proyecto. Ella decía a veces que de entre sus colaboradoras, yo era la más comprometida en mucho tiempo, y lo repetía hasta que me lo creía. Y era cierto que ponía todo de mí en cada uno de sus proyectos. En todos, menos en uno: el proyecto China. Pero a los motivos me referiré más adelante.

A Margot, en su arte le importa una cosa sobre todo lo demás: la belleza. Es su obsesión. Me refiero no solamente a la belleza del cuerpo femenino, cuya vulnerabilidad e inevitable deterioro pone en escena o más bien lamenta una y otra vez en sus instalaciones. Me refiero a que toda su vida siempre estuvo basada en la búsqueda de la belleza. Ella se llama a sí misma una “funcionaria de la luz”. Recuerdo una vez, cuando no hacía mucho tiempo que trabajaba para ella, que la escuché hablar por teléfono. Sonaba impaciente. “¿Que qué es lo que quise decir con “resumen de luz”? Pues es evidente, querida. Quiero decir: luz que cae, luz tierna, peligrosa, soñada, viva, muerta, clara, neblinosa, caliente, cruel, desnuda, repentina, primaveral, en caída, recta, torcida, sensual, mortecina, venenosa, tranquilizante. ¡Eso es lo que quiero del espacio!” Dicho por cualquier otra persona de mi conocimiento, aquello habría sonado exaltado, incluso petulante. Pero en Margot sólo hacía recordar al oyente algo que él siempre había sabido, y que había estado oculto en él. Ella era pequeña y delicada, pero su voz era fuerte y ronca. Yo me acostumbré rápidamente a hablar más fuerte también, de la misma manera en que imitaba alguna de sus expresiones.

En la época de planificación del proyecto China, yo me había convertido en la persona de confianza de Margot. Era una amistad en la que cada una se guardaba sus secretos: cuán existenciales eran, recién me di cuenta en Shanghai. En ese momento, yo misma tenía un asunto más bien vergonzoso que ocultar, que tuvo consecuencias a largo plazo. Aunque de eso me di cuenta demasiado tarde. Había vuelto a engañar a Christopher, y esta vez no sirvieron de nada las disculpas. Quedó petrificado, cumplió con su amenaza y se mudó. Mendigué, lo perseguí por teléfono, supliqué, grité, maldije, pero él se mantuvo firme. Yo rebotaba una y otra vez contra la pared de su cortés, herido y frío “no”. No lograba entender mi propia infidelidad. ¿Inseguridad? Ay ay. ¿Miedo de que él pudiera hacerlo antes? Todo sonaba ridículo, y después de hablar con mis amigas, me quedaba mucho tiempo sentada, perpleja por haberme convertido en la destinataria de tantas frases bien intencionadas de sicología barata.

Sin el asunto de Christopher, lo inusual, insignificante y forzado del proyecto China me hubiera parecido extraño, de manera que hubiera hecho más preguntas, de eso estoy segura. Pero en especial, no hubiera permitido que me quitaran tan fácilmente el control sobre su transcurso. Todo, desde el principio, incluso el hecho de que Margot hubiera venido a mi oficina para hablar sobre el asunto, y no me hubiera citado a lo de ella, difería de lo habitual. Aún lo recuerdo: era un día frío de invierno, y el aire acondicionado funcionaba mal en todo el edificio, o sea que fuimos con ropa de invierno, pero debajo llevábamos puesto algo liviano, para adaptarnos a las temperaturas del *loft*. A Margot le parecía fantástico, porque de esa manera podía lucir medio año antes la nueva colección de verano de un diseñador para el cual habíamos hecho una instalación en su escaparate, y que desde entonces la vestía gratis. Ese día llevaba un ligero vestido flotante de seda amarillo melón.

—¿Qué opinás de Shanghai?—preguntó y dejó vagar su mirada aparentemente desinteresada por la habitación. Pero yo la conocía bien; estaba al acecho. Más que en los ojos, se le notaba en la frente: cuando la fruncía, se dibujaban claramente dos profundos surcos alargados, y debido a otros dos, no tan marcados, pero igualmente visibles en el medio en forma de “V”, parecía llevar una “M” como signo en la frente. Cuando hablábamos de ella, Ana la nombraba así: “M”, como la jefa de James Bond; yo estaba muy orgullosa por no haberme pegado esa manía.

—¿China?—pregunté.

Ella llevaba una carpeta bajo el brazo, que sostenía cuidadosamente como si fuera un bebé. Así empezaban todos nuestros proyectos. Sonreía muy acaramelada. Sabía lo que yo pensaba, pero quería oírlo de mi boca.

—O sea que China. Okey, si quieres escuchar mi opinión: hace siete, ocho años, seguro. O mejor todavía, hace diez. Bostecé, como correspondía, para subrayar mi comentario más que obvio. Todo el mundo estaba harto de China. Alguna gente muy lista, algunos comerciantes y coleccionistas habían hecho mucho dinero allí, un par de artistas podían vivir bien o por lo menos mejor que antes, imitadores, pequeños engaños.

Mi teléfono sonó.

—Hace poco ... —empecé.

—¿No contestas, querida?

Mientras yo hablaba por teléfono, se apartó y estuvo buscando algo en el armario, algunos archivadores, un pisapapeles de vidrio, una foto enmarcada que mostraba a Christopher en Halloween con una dentadura de vampiro. Yo hablé por teléfono hasta que se interrumpió el contacto. Margot guardó la foto.

—Esperaba que dijeras algo. Lo vamos a hacer de todas maneras. Nunca trabajé con mujeres asiáticas.

—Ok —dije—. Entonces, parece que todo está decidido. Ella alzó las cejas, lo que supuestamente quería decir que yo le hacía gracia. El teléfono volvió a sonar.

—Es Ana— dije nerviosa—. Está en algún mercado en Bombay, y la mujer con la que quería encontrarse no llegó.

—Ana se aburre demasiado rápido. Atiende el teléfono. Te dejo esto aquí.

La carpeta fue colocada sobre mi mesa, directamente delante de mi nariz, de manera que nada pudiera fallar, o por si de repente me volvía miope. Margot salió contoneándose.

La llamada duró sólo tres frases. Después, de pronto, apareció el hindú en la línea, y yo colgué de una vez por todas. Cogí la carpeta, pasé las hojas y leí quién era el contacto de Margot en Shanghai. Una galería pequeña, que no era lo que hacíamos habitualmente: nuestras últimas performances habían tenido lugar en el MoMa y en el Palacio de Versalles. Por lo general, era mi jefa misma la que elegía los lugares para sus eventos y no esperaba a que le hicieran propuestas. Me metí de lleno en la carpeta

de Margot. La galería llevaba el estúpido nombre de Garaje 2. Dos hermanos la dirigían, una tal Lian, que había iniciado el proyecto China mediante una carta a Margot – mierda, a mí me hubiera gustado leer la carta -, y su hermano Tian. Llamé a Lian, ella contestó el teléfono enseguida, y me contó en un alemán cantarín que había estudiado tres años en Stuttgart. También dijo que el verdadero dueño y accionista de la galería era un tal Wei Ze, su tío. El tío Ze, él mismo un coleccionista muy adinerado, les habría dado un margen amplio en cuanto al dinero, sin meterse nada en los asuntos de Garaje 2. Para mí, mejor, uno menos a quién consultar. Los hermanos se concentraban sobre todo en obras que tenían que ver con la tradición estética china, y en menor grado con las de compromiso social y político. Lian era una conocedora experta de la obra de Margot, de eso lo noté enseguida, y parecía estar día y noche en la galería, porque cuando yo no tenía en cuenta la diferencia horaria, y llamaba a horas muy inusuales para Shanghai esperando que atendiera la cinta grabada, era ella quién atendía, con una voz muy fresca y llena de chispa.

Se debió a Lian que los preparativos se hicieran tan rápido, tal como lo exigía Margot esta vez; yo me pasé horas en la oficina mirando fijamente la pared, después estiraba una vez más el brazo en dirección al teléfono para llamar a Christopher y suplicarle que tuviéramos una charla para aclarar las cosas, “la última”, le dije, “¡por favor!”. Me pareció que la nueva pasante lo había oído todo a través de la puerta y que se estaba divirtiendo como loca, pero cuando salí para ver que hacía, estaba trabajando en silencio, escribiendo una carta. Nos fuimos juntas a tomar un té, y yo hablé y hablé, mucho, hasta que ella me dio a entender que la estaba distraendo del trabajo.

Hasta el día de nuestra charla, yo había vivido convencida de que eran muy pocas las cosas que no tuvieran arreglo. Como Christopher accedió a pasear conmigo en el bosque del Taunus, yo tenía esperanzas. Muchas veces habíamos hecho esa pequeña excursión, a media hora de Fráncfort; me traía recuerdos de tiempos mejores. Chris no habló durante el viaje en auto, estaba sentado al volante con una expresión obstinada en el rostro y conducía tan lento que me ponía nerviosa, y seguía guardando un silencio férreo aún cuando ya estábamos abriéndonos camino desde el

estacionamiento hacia el paisaje de invierno sin gente y cubierto de nieve, un paisaje igual al que aparece en las fotos de las cajas de *Lebkuchen*, sorprendentemente hermoso y frágil. Ya era fin de marzo, pero había nevado mucho una vez más. Delante de la nieve blanca se veían las ramas negras, como papel cortado, siluetas de árboles, filigrana como venas, y esa belleza del bosque te hacía imaginar que estabas paseando dentro del sueño de Novalis.

—Mira, qué fantástico— dije y señalé nerviosamente aquí y allí; en la nieve, en todas partes, se veían huellas de animales, todo lo que nos rodeaba era demostración de vida, sólo que se había escondido. Intenté interpretarlo como una buena señal y murmuré, ya que Chris guardaba un silencio férreo, algo sobre los árboles y la nieve y los pequeños animales y el ritmo de las mareas o algo parecido.

Le vino un ataque total.

—Ajá, te parece hermoso esto— gritó. —¡Hermoso! ¡Hermoso! ¡Hermoso!

Me parecía oír por primera vez cómo utilizaba esa palabra. Quizá tuviera que ver con la acústica; la nieve y el espacio irreal, sugerido por las paredes de árboles, que amortiguaban y distorsionaban lo que él decía.

—¡Nieva demasiado temprano! Es el cambio climático.

Su rostro estaba colorado, algunos mechones negros le caían sobre la frente. Yo recordé que en marzo del año anterior nos habíamos tendido en el balcón con trajes de baño, estirándonos y sintiéndonos plenos, y que habíamos hablado de la locura del clima, y casi me hubiera reído, pero su mirada me lo impidió. Sus ojos eran odio, odio puro.

—Ojalá nunca me hubiera ido a Los Ángeles— dije.

Había sucedido después de la presentación de un libro en L.A., a la que yo había asistido con Ana, nuestra fotógrafa. Había escrito los textos del tomo para el cumpleaños número cincuenta de Margot; el libro más completo hasta el presente sobre toda su obra, una pequeña pieza de arte y de diseño; estábamos orgullosos de ella, y así, la noche transcurrió, todo era simpático, estadounidense, sin importancia.

—¡Sí, tu estadía para follar!— gritó Christopher.

—Dime, ¿cuántas veces te lo follaste?

Pisoteó las huellas de un conejo:

—¡Dilo de una vez!

Y sin esperar una respuesta:

—¿Tenía buena pinta?

Después se empeñó con esta pregunta, la repetía una y otra vez, gritaba alternadamente:

—¿Era guapo? y ¿era guapo? y ¡Dilo ya! Seguro un tipo surfista rubio, ¿o no?

Levantó el brazo, pero dejó caer la mano y dio un paso atrás, apartándose de mí.

Yo seguía teniendo la esperanza de que me pegara o que hiciera algo que por lo menos también lo pusiera a él bajo una sombra. Apuré el paso y tuve que correr. Había un árbol caído y cubierto con una capa de nieve delante, casi se resbala cuando se topó con él, porque no quería dar la vuelta, él, el cornudo, no quería mostrar ninguna debilidad.

—Dilo de una vez, ¿estuvo bien?— gritó.

—Te amo— susurré yo.

Se acercó a mí, sopló su aliento al rostro. De una manera burlona y cargada de odio, imitó mi susurro con una voz que sonaba como si cortara vidrio.

—Entonces, si realmente fuera así, tendrías que haber asumido la responsabilidad, era tuya, pero no eres capaz de hacerlo. Nunca asumes la responsabilidad por algo, por eso dejas que todos te follan sí, eres eso, una asistente follada por la vida, sin nada propio, ni en broma, nada particular, , y por eso todos te follan con el máximo placer, sólo yo no, yo ya no. Te amé mucho, pero tú lo has arruinado, ¡por Dios!, que bien que lo hiciste. Y si vuelves a argumentar con lo de Ana, que la mala influencia, entonces aléjate de ella. Además, Ana es *single*. ¡*Single!* ¡Como tú ahora! Ahora puedes largarte y hacer de todo, lo que quieras. Que te diviertas mucho. ¡Mi Dios, cómo te odio!

Dio la vuelta y se alejó corriendo.

—Reconoce que estás contento de haberte librado de mí— le grité a sus espaldas. No podía moverme. Cuando ya no lo podía ver, empecé a correr, en línea recta, hasta que me dolieron los pulmones. Lo peor era que no podía llorar. En realidad nunca puedo llorar, salvo con dolores físicos muy fuertes.

En algún momento seguí unas pisadas de grandes pies, que tenían al lado huellas de patas de perro, y así llegué al hotel del bosque que estaba en la parada final

de la línea 3 del metro. Parece que tanto el perro como su dueño habían vuelto a casa. Recuerdo cada detalle de la imagen del hotel y de la parada como si se tratara de una pieza de arte fotográfico que hubiera examinado largamente. Nuestro coche había desaparecido. El metro, todavía sin conductor, estaba parado en dirección a la ciudad. Un pájaro negro cruzó el cielo blanco de invierno trazando una curva perfecta; mi memoria lo congelaba en el punto más alto. El horario de los trenes: un papel doblado tras un cristal sucio, apenas legible. Cuando abrí la puerta de mi casa a última hora de la tarde, ya oscurecía. Helada hasta los huesos y con los labios azules, sentí de inmediato el silencio que ahora ocupa su lugar, para vivir conmigo, el silencio de su ausencia, lleno de matices que ya tendría tiempo de conocer. Unos días después le presenté a Margot los datos del viaje a Shanghai.

El día de la partida fui al aeropuerto demasiado temprano por la mañana, y me llevé una sorpresa al ver que Margot ya me estaba esperando. “No puedo hacer más que lamentarlo” le había dejado escrito en una hoja de papel blanco, porque suponía que Christopher iría a casa en mi ausencia para buscar el resto de sus pertenencias. Después del *check-in*, Margot, delante en primera clase, construyó su típico nido hecho de diarios, por el cual asomaba de vez en cuando su cabeza a cada hora, mejor informada, y luego, su mano delgada, bronceada y sin anillos. Yo volaba en clase ejecutiva, y esta vez tuve mala suerte, porque mi vecino holandés empezó enseguida a mostrarme en el laptop todas las fotos que había sacado durante sus últimos viajes por el norte y sur de China. Yo me hacía la dormida, pero por un rato miré con el rabillo del ojo, el enorme pañuelo lila de tela muy rígida atado al cuello con un lazo que llevaba una de las azafatas, y cuando desapareció de mi campo visual, empecé a pensar si en realidad estaba permitido mejorar la ropa de trabajo con una hélice de ese tipo, y mientras pensaba, me dormí plácidamente. Dormí durante todo el vuelo, diez horas seguidas.

Segundo capítulo

(páginas 40 - 43)

Las mujeres que Margot elige son altas, delgadas, y están maquilladas como una muñeca. Son muy atractivas, pero cuando Margot las distribuye, jamás intenta dar la impresión de perfección. Además, ella le otorga valor a los detalles grotescos: pueden ser accesorios fetichistas, o pelucas de cabellos largos y enrulados que llegan hasta la cintura, pestañas artificiales, guantes, tacos altos o ropa interior extravagante color rosa. Por lo demás, las modelos están desnudas. La motivación siempre es diferente— “uno no quiere creerlo, pero hay tantos motivos para estar desnudo como para vestirse”, eso escribió con humor, un periodista cultural.

“Las chicas están desnudas” dijo Margot en *Halcyon Sleep*, nuestro proyecto para el cambio de milenio, que cimentó definitivamente su fama como una de las grandes artistas vivas, “están desnudas, porque duermen. Lo que llevan puesto son partes de su sueño.” Habíamos dejado a las chicas en libertad de elegir un pequeño objeto para abrazar, sostener o lo que fuera. Había desde ositos de peluche a colgantes con calaveras; el efecto era que las rodeaba un brillo lúgubre-romántico. *Halcyon Sleep* se había realizado en Berlín, y en todas las grandes ciudades alemanas habíamos colocado los enormes carteles de propaganda de Ana, una serie de siete obras que mostraban una selección de diferentes objetos ante un fondo azul y que despertaban curiosidad por las chicas. Están entre las fotos más conocidas de Ana, porque anunciaban un suceso y al mismo tiempo subrayaban de forma irónica y provocativa su propio carácter de *souvenir*. Continuamente presentaban su candidatura nuevas mujeres, incluso durante los tres días corridos de performance. “Hubiéramos podido acunar el sueño de medio Berlín”, dijo Margot, satisfecha. “¿Por qué estarán todos tan cansados?”

Yo sólo me reí. Durante el proyecto *Halcyon Sleep* pasé dieciocho horas por día en la oficina. El trabajo determinaba mi vida. En las fases culminantes de los proyectos ni siquiera dormía, lo que afectó mi salud: tenía dolores de cabeza y de noche bebía para poder dormir por lo menos un poco. “Libertad y obligación” era el título de un largo artículo de la revista *Artforum*. Todavía recuerdo cómo miraba fijo el título y me preguntaba, qué era exactamente lo que me obligaba a participar de forma tan incondicional y vehementemente. Y si realmente alguien notaría si yo tan

sólo me distendiera un poco. ¿Dónde comenzaba la performance y dónde terminaba? ¿Sería yo ya una parte de la idea? El artículo de la revista no era malo. La libertad es ciertamente el concepto clave en la obra de Margot, pero es la libertad de exponerse a una obligación que se elige. Las modelos que se exponen así a las miradas lo hacen voluntariamente y a cambio de poco dinero. Tienen que estar seis horas antes del inicio del evento, pues las maquillan de cuerpo entero. Llevan puestos zapatos de taco alto, lo que es agotador de por sí, aunque cada tanto se sientan o se acuestan un rato. Por lo general están de pie durante horas, tienen hambre y sed, un par de veces alguna se desmayó; para el público eso es un espectáculo.

Halcyon Sleep fue la excepción. Las chicas permanecen dónde están: no prestan atención a los espectadores cuando se mueven en el arreglo de Margot; piensan en esto o aquello, quizá tengan dolor de cabeza, o les aprieten los zapatos, pero por más incómodo que sea, están orgullosas de ser parte de una obra de arte.

“Todas son como la Venus de Botticelli” escribió una periodista estadounidense sobre las mujeres. Y era cierto, al menos se sentían así. Disfrutaban saber que eran miradas, fotografiadas y filmadas, estar al mismo tiempo presentes y ausentes, ser deseables e inalcanzables, y no ante cualquier público, sino que ante estetas, aficionados al arte, coleccionistas, gente de renombre.

“Son como las manzanas de Cézanne” dijo Margot, que no le gustaba la comparación con la Venus. Creo que se sienten de una manera o de la otra, según su autoestima, y a veces me divertía catalogándolas en mujeres que se odian a sí mismas, o sea manzanas, y en presumidas, o sea mujeres tipo Botticelli. Porque a las mujeres las conocemos un poco. Enviamos formularios con preguntas a todas las que se presentan al casting, y les pedimos que los devuelvan antes de la fecha de presentación personal, para poder clasificarlas. Son preguntas sobre su imagen corporal, sus ideas sobre femineidad, su desarrollo, su vida sexual, el comportamiento alimenticio y deportivo.

Ellas decidían a cuáles preguntas responder y a cuáles no, pero la mayoría respondía todas, porque creían que de esta manera tendrían más chances de ser aceptadas. A veces, estos informes se leen como novelas policiales, otras, como estudios de caso, a veces son penosos, otras, no creíbles, claramente inventados. Yo siempre estaba bastante ansiosa por leer los cuestionarios: ¿las mujeres que en mi

opinión lo hubieran merecido absolutamente, considerando su aspecto, su profesión, etc, se catalogaban a sí mismas como felices, o no? ¿Cómo describían su imagen corporal? Siempre había unas cuantas que agregaban hojas, porque por éste o aquel motivo una pregunta coincidía con el núcleo de un asunto personal que preocupaba a la chica. Sin embargo, esta vez los cuestionarios, por lo menos los que habíamos recibido hasta el momento, habían sido sobre todo una cosa: absolutamente insípidos. Nunca antes habíamos tenido respuestas tan reservadas, amables, elusivas y hasta intercambiables.

This excerpt is presented for informational purposes only
– any use or copying for commercial purposes is strictly
prohibited.

For further information on international rights for this
title please contact:

Schöffling & Co.
Foreign Rights
Kaiserstrasse 79
60329 Frankfurt am Main
Germany

phone: +49 69 92 07 87 16
fax: +49 69 92 07 87 20

www.schoeffling.de/content/foreignrights/news-start.html